

á Ti, Cristo, Señor nuestro, único y verdadero Hijo de Dios; y á Ti también, ¡oh Santo Espíritu Paráclito, que del Padre y del Hijo procedes y, verdadero Dios, debes ser adorado y glorificado por todas las creaturas! Á Ti, por tanto, ¡oh Trinidad Beatísima! nuestros cánticos de amor y alabanza al terminar el siglo XIX y por siglos de siglos, por toda la eternidad: *in sæculum et in sæculum sæculi*.

Mas permite, Señor, ya que eres nuestro Redentor y Padre, que con tu preciosa sangre nos redimiste del pecado y del poder del infierno, permite que te dirijamos una súplica especial en esta hora solemne en que nada sabrías negar á tus humildes siervos: *Salvum fac populum tuum, Domine, et benedic hæreditati tuæ*¹. Salva, Señor, á tu pueblo, á tu pueblo de predilección. ¡Bendice á esta parte de tu heredad, ya tan colmada de bendiciones de tu mano! Sálvanos, porque, rodeados de enemigos y amenazados de peligros, estamos casi á punto de perecer: *Domine, salva nos, perimus*². Salva sobre todo nuestras católicas creencias, puestas á pique de zozobrar entre el oleaje de las malas doctrinas; salva nuestras cristianas costumbres combatidas por el escándalo de la procacidad del siglo. Salva la República y sus instituciones cristianas atacadas violentamente por la pluma y por la espada; salva su gobierno, sus magistrados y legisladores, sus ejércitos y los órdenes todos de sus ciudadanos.

Una especial bendición te pedimos que reserves ¡oh Pastor amantísimo de nuestras almas! para el que has instituído Vicario tuyo en la tierra, para el Pastor universal de tu rebaño: bendice á nuestro amado y vene-

¹ Ps. 27, 9. ² Matth. 8, 29.

rado Padre, el Santísimo Señor nuestro León XIII; y derrama también copiosas bendiciones sobre el Pastor particular de esta porción de tu grey, sobre todo el venerable clero secular y regular de Colombia, y, por especial manera, sobre mi querida madre, la mínima Compañía que se honra con tu nombre de Jesús, á fin de que sus pobres trabajos no sean infructuosos para la mayor honra y gloria de tu Majestad. Escucha, Señor, benignamente nuestras peticiones que responden á los más vivos anhelos de nuestro corazón. *In te, Domine, speravi, non confundar in æternum!* Así sea.

CONFERENCIA MORAL SOBRE LA FE.

(Bogotá.)

Certeza de la Fe.

Scio cui credidi, et certus sum...

Bien sé de quién me he fiado, y estoy cierto...

² Tim. 1, 12.

I. Así como nada seduce tanto al vulgo como aquello que lleva ó parece llevar el sello de lo sobrenatural, así nada como esto suspende y pone espanto á la razón. Anunciad un caso prodigioso, un milagro, y veréis cómo corre desalado el pueblo sencillo, el hombre de los instintos naturales, en pos del fenómeno preternatural, siguiendo los pasos del aclamado taumaturgo. Pero es entonces precisamente cuando la razón se alarma, detiene el paso, vacila sospechosa de ser juguete de alguna farsa miserable ó de cándida alucinación. Dicta, en efecto, la prudencia estudiar, reflexionar maduramente antes de dar por cierto y positivo un acontecimiento que sale de los límites de lo normal,

y aun de lo ordinario; mas no por eso autoriza para desechar sin previo examen y sin apelación el hecho de que se trata, calificándolo de buenas á primeras de quimérico y absurdo. No, hermanos míos, nada de eso aprueba la verdadera prudencia. Porque tan peligrosa y vana es la credulidad ligera, como inadmisibles la incredulidad sistemática y *a priori*. Los que han dado en atribuirse por sí y ante sí el pomposo dictado de racionalistas, cual si ellos solos tuviesen siempre por norma los dictámenes de la razón, suelen incurrir miserablemente en sistemática incredulidad, como quiera que están siempre dispuestos á rechazar todo aquello que sobrepuje los alcances de la razón humana; y, en cuanto á los sucesos, á desechar aquellos que superen las fuerzas de la naturaleza física. ¿Con qué derecho, hermanos míos? ¿Una verdad, por ser superior á la humana inteligencia dejará de ser tal verdad? ¿Un hecho, por salir del camino trillado de las leyes naturales dejará de ser posible y real? ¿Es decir que toda realidad debe encerrarse en el estrecho círculo del orden sensible y racional? ¿no sería ésta una extraña pretensión?

2. Nosotros, cuantos por gran dicha nuestra profesamos la verdadera religión, la fe de Cristo y de su Iglesia, nos hallamos á cubierto de entrambos peligrosos extremos; porque, así como no desconocemos los legítimos derechos de la razón para investigar y pesar los motivos de credibilidad de nuestros dogmas, así tampoco los exageramos hasta el punto de rechazar por inaceptables *a priori* los hechos que aquélla no alcanza á explicarse y demostrar. En resumen, la certeza de que goza nuestra fe, certeza inquebrantable como la autoridad de la palabra de Dios en que des-

cansa, no se destruye ni se amengua siquiera por el carácter maravilloso de los hechos que relata, ni por la obscuridad impenetrable de las doctrinas que revela.

Ni el misterio ni el milagro son argumentos bastantes para infirmar, y menos para derrocar, el testimonio de la fe. Tal es, amados oyentes, el tema que me propongo dilucidar con la posible brevedad. Imploramos, etc.

I.

3. Empezaremos por la cuestión del milagro. La vana ciencia de nuestros días, la ciencia hinchada de que habla el Apóstol¹, pretende magistralmente á nombre de sí misma, que hablar de milagros el día de hoy es azotar el aire, es francamente burlarse de la seriedad del género humano. Como el famoso hidalgo de la Mancha, el andante caballero que inmortalizó el genio español, creyéndose más fuerte que los leones, decía delante de la jaula, entre indignado y burlón: «¿Leoncicos á mí? ¿á mí leoncicos?» Así la ciencia quijotesca del siglo de las luces, mirando los hechos sobrenaturales en que se apoyan nuestras creencias, entre rabiosa y despreciativa exclama: «¿Á mí venirme con milagros? ¿á mí, con esas patrañas, buenas para la credulidad de la Edad Media?» Pero hay una voz más poderosa que la ciencia, y es el buen sentido, el sentido común de la naturaleza, el cual, á su vez, se burla del Quijote y de sus alardes de invencible. La sana razón, con pocos pero sólidos razonamientos, al alcance de toda clase de personas libres de preocupaciones, pone fuera de duda así la posibilidad como la realidad de los milagros. No entra en mi plan desarrollar ante vosotros

¹ I Cor. 8, 1.

esos incontestables argumentos, por lo demás demasiado conocidos de los fieles instruidos en su religión. Que la superchería haya fingido milagros en más de un caso, que los haya multiplicado ó abultado en otros la vana credulidad de personas sencillas, todo eso no prueba sino que son posibles, en la común opinión del género humano, y que algunos, por lo menos, se han efectuado en el mundo. De otra suerte, ¿cómo habría surgido en los espíritus esta misma idea que ha servido de base á la superstición? Si no existiera la moneda legal, ¿podría correr la falsa? Fuera de que negar rotundamente la realidad de todos los hechos sobrenaturales, antiguos y modernos y aun contemporáneos, sería tanto como negar la historia mejor atestiguada, sería dar en el escepticismo histórico, por buscar la verdad en un solo camino.

4. Desde luego conviene, hermanos carísimos, que fijemos el punto de vista desde el cual hemos de mirar el milagro el día de hoy, y es el que dice relación á la fe. Y aquí cabe todavía distinguir entre milagros que son objeto material de la misma, y aquellos que constituyen una de sus pruebas ó motivos determinantes de creer. Por lo que hace á estos segundos, la fe, lejos de rechazarlos, los reclama, los necesita en cierto modo, como uno de los más claros y convincentes argumentos en que puede apoyar sus aserciones. Por lo que toca á los primeros, la fe no los rechaza tampoco por el hecho de llevar ese carácter, ni siquiera encuentra dificultad alguna en admitirlos. Empecemos por éstos, no sin recordar antes á los fieles que lo necesiten, lo que en lenguaje teológico se llama objeto material y objeto formal de la fe cristiana. Al ejecutar Dios el acto que llamamos Revelación, propónese al entendimiento humano

alguna verdad que debe creer: esta verdad es lo que constituye el objeto material de la fe. Pero esa verdad, ese objeto material de nuestra creencia, viene necesariamente revestido, informado de la autoridad de la palabra del que lo propone, esto es, de la Suma Verdad, infalible en sus asertos é incapaz de engañarnos; y ese testimonio, motivo y razón de nuestro asentimiento á la verdad revelada, es lo que lleva el nombre de objeto formal de la fe. Así, pues, el objeto formal es uno solo, mientras que el material es múltiple, como lo son las verdades ó artículos de la fe revelados por Dios nuestro Señor.

Y esto baste para nuestro intento.

5. Decíamos, pues, que el ser algún hecho milagroso no es razón suficiente para que sea rechazado por la fe, toda vez que tal carácter no impide en manera alguna que el hecho que se propone sea verdadero y pueda ser reconocido por tal con absoluta certidumbre. Decir que todo hecho que se presenta con visos de milagro es falso y por tanto inadmisibile, equivale á negar de plano la posibilidad del milagro; y esta negación, como acabamos de observar, es por lo menos demasiado atrevida, ya que no digamos injustificable y absurda. Ni valdría decir que el milagro, aunque sea posible en sí mismo, no puede ser reconocido como tal por falta de medios para discernir entre lo natural y lo que traspasa los lindes de la naturaleza; porque esta afirmación es también gratuita é insostenible. En efecto, cristianos oyentes, para que un hecho cualquiera, sea ó no milagroso, pueda ser reconocido como real y verdadero, basta que sea un acontecimiento sensible, evidente y bien atestiguado, esto es, que tenga en su abono suficiente número de testigos dignos de crédito

por las condiciones que los adornan. Es manifiesto que un hecho, aunque sea milagroso, atestiguado de este modo no puede ni debe ser desestimado por la fe, como no lo es por la recta razón. Ahora bien, los milagros que registra en sus anales la Revelación cristiana, los que contienen nuestros sagrados Libros, y especialmente los del Evangelio y los que refieren los Actos de los Apóstoles, son hechos tan notorios, tan auténticos como pueden serlo otros cualesquiera del orden natural é histórico; negarles, pues, el crédito, únicamente por su carácter milagroso, es declararse abiertamente esclavo de una preocupación tan odiosa desde el punto de vista religioso, como injusta en buena lógica. Y ¿no os parece que incurren en esta nota de preocupados los que, por efecto de una falsa despreocupación y pretendida libertad de espíritu, se permiten negar hasta los hechos más ruidosos del Evangelio, como la multiplicación de los panes en el desierto, la resurrección de Lázaro y la misma resurrección de Jesucristo? Y ¿á qué conduce esa negación irracional? ¿por ventura á destruir en la conciencia del género humano la realidad incontestable de aquellos célebres acontecimientos? ¡Ah, cristianos! en vano se retuerce la sierpe del racionalismo, hoy como en los tiempos de Juliano Apóstata, para eludir la fuerza de los argumentos con que la estrecha la crítica cristiana, desde San Agustín hasta Bourdaloue, desde San Juan Crisóstomo hasta los aplaudidos conferencistas de Nuestra Señora de París; porque es ya vano intento y loca pretensión querer poner en tela de juicio aquellos hechos tan luminosos, tan brillantes como la luz del mediodía.

Y ¿podremos decir menos de los milagros estupendos obrados por Pedro, Pablo, Juan y los demás Apóstoles

de Jesucristo, á raíz misma de la fundación de la Iglesia? ¿Habría osadía bastante para negar, por ejemplo, la curación del pobre cojo de nacimiento que mendigaba á las puertas del templo de Jerusalén, obrada instantáneamente á la voz de Pedro y Juan¹, en nombre de Jesucristo; curación cuya evidencia no osaron cuestionar los más encarnizados enemigos de la causa cristiana? Y cuando Pablo, arrojado por el naufragio en las costas de Malta, sacudía tranquilamente en las llamas la víbora prendida de su mano, con espanto de cuantos aguardaban verle muerto, y en seguida le creyeron un dios²; ¿habría quién tuviese el valor de asegurar en serio que todo aquello no había sido más que una ilusión? ¡Ah! ¡qué ciega y obstinada se muestra la oposición sistemática de la falsa ciencia contra la Revelación!

6. Por lo demás, carísimos hermanos, hasta natural y necesario parece que se registren, entre los hechos que forman el objeto material de la fe, esto es, entre las verdades que Dios ha propuesto á nuestra creencia, muchos, muchísimos hechos de carácter sobrenatural y verdaderos milagros. ¿Acaso no lo es la misma Revelación, ó, por lo menos, no va de ordinario acompañada de ellos? ¿Puede Dios dejarse ver ú oír del hombre en alguna forma, aunque sea solamente en las regiones del espíritu, sin que esto se efectúe de un modo preternatural? Cuando el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob decretó libertar á su pueblo del cautiverio faraónico, armando con su omnipotencia el brazo de Moisés, ¿era posible que dictase sus órdenes sino por modo absolutamente milagroso? Y luego, el hecho mismo de la liberación de aquel numeroso pueblo y su conducción

¹ Act. 3, 6.

² Act. 28, 6.

á través de mares y desiertos, ¿podía llevarse á cabo sin una serie continuada de estupendas maravillas? ¿era obra aquélla realizable por esfuerzo puramente humano, á manera de otras epopeyas? ¿no era preciso, dadas las circunstancias especialísimas que la rodeaban, que interviniese á cada paso la acción sobrenatural de la Providencia? Y ¿qué diremos al tratar, no ya de la redención figurativa del pueblo de Dios, sino de la verdadera redención del género humano, primordial objeto de nuestra fe? Cuando plugo á Dios, en su infinita misericordia, enviar á su Hijo al mundo para redimir al hombre perdido eternamente por la culpa¹, decidme de buena fe: ¿os parece que podía Dios efectuar esta obra suya por excelencia², esta obra esencialmente divina, plenitud y consumación de sus obras, sin la intervención manifiesta del milagro? La unión hipostática del Verbo con la naturaleza humana, ¿no es el mayor de los milagros de la omnipotencia? ¿No dijo de él la Virgen inspirada: *Fecit potentiam in brachio suo*³? Y á ese primer milagro ¿no debían seguir, como consecuencia necesaria, otros sin número, á cual más portentosos, derogándose á cada instante, por decirlo así, las leyes de la naturaleza para dejar libre y desembarazada la acción divina? Aquí tenéis el porqué de una concepción de vientre virginal⁴, de un nacimiento sin injuria de la integridad de la madre⁵, de una muerte solemnizada con el duelo universal de la naturaleza, de una resurrección del sepulcro profetizada y cumplida,

¹ Gal. 4, 4.

² Ad opus suum exiens (Eccl. in hymn.).

³ Luc. 1, 51.

⁴ Conceptus de utero virginali (Beda Ven.).

⁵ Matris integritatem non minuit (Eccl.).

de una ascensión más arriba de las nubes por propia virtud.... Era que la aparición de Dios en carne mortal sobre la tierra no podía efectuarse sino con lujo de milagros: que así lo pedía la grandeza del caso y el mismo decoro de la Divinidad. La tierra ¿no debía enmudecer en su presencia, mejor que en la del famoso conquistador del Oriente¹? Los muertos mismos, como afirmaba el Salvador, debían levantarse de sus tumbas en aquella hora solemne para oír la voz del Hijo del Altísimo².

Y veis aquí, amados fieles, cómo sin milagros no se concibe el orden de la fe, que es esencialmente sobrenatural.

7. Porque, en efecto, el milagro no sólo pertenece al objeto material de la fe cristiana, en cuanto divisa y contraseña del orden divino, sino que constituye uno de los más fuertes argumentos en favor de las verdades selladas con ese irrefragable testimonio. *Si lo que os digo es la verdad, ¿por qué no me creéis?* decía Jesús á las turbas incrédulas³. Pero ellas replicaban: *Maestro, quisiéramos verte hacer algún milagro*⁴. Y, aunque tales comprobantes de la verdad de su palabra fuesen superfluos, cuando la verdad se manifestaba radiante por sí sola y por las cualidades de la persona incomparable que la anunciaba, consiente, no obstante, el mansísimo Jesús en dar la prueba que se le pedía, y no cualquiera, sino la más convincente que pudiera exigirsele, cual era su propia resurrección, aquel milagro figurado por Jonás: *signum Jonæ Prophetæ*⁵. Viniendo el Hijo de Dios á enseñar al hombre las verdades de la salvación sobre

¹ Mach. 1, 3.

² Io. 5, 25.

³ Io. 8, 46.

⁴ Matth. 12, 38.

⁵ Ibid. vers. 39.